momentáneamente le había dado su amo de ocasión, su verdugo, para morir tranquilamente.

Yacía cuan largo era, en la carretera, con los ojos vidriosos y los miembros ya rígidos.

— ¡Tate! ¡Vaya una ocurrencia! — exclamó Cocardasse.

Y, con desdén, añadió :

— ¡Poca fuerza tenía! ¡No se hacen caballos para jinetes de mi temple!

Luego, tras esa oración fúnebre, se marchó hacia la calle de la Ferronnerie, á la casa del *Pilon d'Or*, donde su amigo, el señor Helouin, en calidad de propietario, le había ofrecido hospitalidad.

IV

CAZADORES CRUZADOS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Pocos minutos después de salir Felipe de casa de Passepoil, entraba en ella el señor Helouin, acompañado de Marina.

Dos horas antes, había llegado á la fonda en que se hospedaba la joven, sin haberse quitado aún el polvo del largo viaje que acababa de realizar.

El retraso motivado por la noche de parada en la granja en que estuvo á punto de ser asesinado con Cocardasse, le ocasionaba mucha inquietud, y quería saber inmediatamente lo que había sido de Felipe durante aquellas veinticuatro últimas horas.

Lo más probable era que el sargento hubiese ido en seguida á ver á su hermana adoptiva.

Pensaba, pues, que yendo á casa de ésta le vería, ó, si se hubiera marchado ya Felipe, sabría cuando menos á qué atenerse.

Por eso, grande fué su sorpresa al saber por boca de la joven, que sólo había permanecido aquél muy poco tiempo con ella, pues se fué en seguida en busca del veneciano.

Y mayor fué aún su temor, cuando le dijeron que no había aparecido desde la víspera.

De todos modos, al ver la ansiedad en que tan inexplicable ausencia sumía á la joven, lejos de comunicarle sus temores, no pensó, al contrario, sino en tranquilizarla. Y lo consiguió en parte.

Mas pensó también que, no estando allí Felipe, sería imprudente dejarla tan sola y que era preferible, no obstante la solicitud de que le rodeaba Gloria, digna propietaria del *Roussin d'Arcadie*, colocarla bajo una égida más segura.

Listo para leer el fondo de los pensamientos, y merced á algunas explicaciones dadas por la joven acerca de la ausencia del sargento, y gracias especialmente al nombre del caballero, que se le había escapado, no le costó gran trabajo á Helouin reconstituir en pocos segundos la lamentable aventura de que fué víctima Marina y Zeno triste héroe.

— Ya que no quiere usted volver á casa de su protectora — le dijo al cabo de un rato, — ¿se negaría usted, señorita, á ir á casa de unas gentes á quienes Felipe quiere mucho y á cuyo lado estaría usted muy bien?

— ¿Á qué casa?

— Detrás del pequeño Châtelet, á casa del matrimonio Passepoil — replicó Helouin recordando el

nombre del maestro de armas de quien Cocardasse le había hablado extensamente por el camino, contándole al mismo tiempo la historia de la juventud de Felipe.

Á tan inesperada proposición, vivo carmín invadió las mejillas de Marina.

— ¡No! ¡oh! ¡no! — balbució — déjeme aquí.

Soy una desgraciada destinada á padecer, y prefiero quedarme en mi soledad, pues me sería muy triste aparecer, indigna, frente á frente de los que me conocieron honrada.

Sin embargo, á fuerza de hacer entrar en razón á la muchacha, de demostrarle con dulzura que no hacía sino agravar su situación ya comprometida, no buscando protección más eficaz que la suya: puesto que la del que le servía de hermano le faltaba momentáneamente, acabó Helouin por decidirla á ir con él á ver á la esposa de Amable.

— ¿Y qué pensará Felipe, cuando vuelva, al no verme?

— No se preocupe usted por eso, hija mía; voy á encargar á la señora Gloria que le diga en dónde está usted.

En efecto, enteró á la hostelera de la salida de Marina, indicándole la residencia de Passepoil, á cuya casa se retiraba ella; luego, temiendo que la joven desistiese de su determinación, llevósela en seguida.

Pero, durante todos esos trámites, corrió el tiempo, y por esa razón llegaron á casa del maestro de esgrima demasiado tarde para encontrar á Felipe.

Excusamos decir que Marina fué tiernamente reci-

bida por Maturina, cuya compasiva amistad fué para aquélla gran consuelo en su infortunio.

Casi repuesta, al sentirse junto á un corazón amante, y tranquilizada al mismo tiempo en cuanto á la suerte de Felipe, sintió, por primera vez en quince días, renacer un ligero rayo de esperanza y se arrepintió de haber ofendido á Dios queriendo morir; ya que todavía encontraba personas indulgentes para compadecerla y amarla.

En cuanto á Helouin, felicitado calurosamente por Maturina, por habérsele anticipado en su buena acción, no tardó en marcharse, impulsado un poco por no turbar con su presencia las expansiones de las dos mujeres y mucho para poder buscar al sargento.

Al salir de casa de Passepoil, fué de un salto Felipe á la calle del Pas-de-la-Mule.

Estaba muy contento por poder anunciar á su hermanita que la excelente mujer la aguardaba con los brazos abiertos.

¿No era esto para ella un principio de rehabilitación?

Pasando rápidamente por el escritorio en que se hallaba la corpulenta fondista, y sin notar que al verlo le hizo ésta una seña como para detenerlo, llegó en un segundo á lo alto de la escalera, al pasillo que conducía al cuarto de la joven.

— ¡Marina! —gritó, abriendo la puerta. — Marina, tengo que darte una buena noticia; vengo de...

Mas las palabras se apagaron en sus labios.

Acababa de penetrar en la habitación y la encontraba desierta.

El asombro le dejó clavado en el suelo.

¿Dónde estará?

Miró alrededor del cuarto.

Cosa inútil, pues no hacía falta mirar dos veces para notar la ausencia de su hermana.

— ¿Qué quiere decir esto? — murmuró — Le dije que me esperase sin moverse de aquí.

Olvidábase de que su ausencia había durado más de veinticuatro horas, y permanecía allí, tratando de descifrar aquel enigma, cuando observó en el suelo varias marcas polvorientas que le parecieron insólitas.

Bajóse y, examinándolas más de cerca, reconoció que dibujaban la forma de un pie masculino.

Entonces, sin sospechar nada de la visita de Helouin, apoderóse de su imaginación una horrible sospecha. Y, aterrado, se dijo:

— ¡Han raptado á Marina!... Una mano criminal la ha sacado de su asilo.

Y, apoderándose, por un momento, esa idea, de todo su cerebro, sin dejar lugar al menor razonamiento, exclamó:

— Sí... sí... él es... Sólo el miserable Zeno puede ser el autor de esta nueva infamia... ¡Habrá descubierto su retiro... y, sabiéndola sin defensa, la habrá sacado de aquí para convertirla una vez más en objeto de sus placeres!... Sí... sí... eso es... no puede ser otra cosa...

Bajo el dominio de tal convicción que arraigaba cada vez más en él, encolerizóse furiosamente el joven.

— ¡Ah! ¡condenación! — exclamó con voz ahogada

por la ira. — ¡Lo mataré! ¡miserable!... ¡lo mataré, como se hace con un animal dañino!... Hállese donde se hallare, le esperaré, y nadie le librará de mis porrazos...

Luego, de pronto, golpeándose en la frente, como si su vacilante razón le indicase el camino que debía de seguir, añadió :

— ¿Pero, qué hago aquí? Ya debería estar en persecución suya...

— ¡Ah! no puedo perder un momento... tengo que librar inmediatamente á Marina de las manos del traidor.

Y, acto seguido, acompañando la acción á la palabra, lanzóse fuera del cuarto, con la velocidad del proyectil arrojado por una catapulta.

Claró está que, de hallarse el joven en su estado normal, no se hubiera explicado tan prontamente y sobre todo tan trágicamente, la desaparición de la joven.

En efecto, la más simple lógica le ordenaba que, antes de hacer la menor conjetura, inquiriese de la dueña de la fonda lo que había sido de su inquilina, porque, evidentemente, era imposible que lo ignorase.

Mas, los acontecimientos en que había tomado parte desde hacía varios días, así como las sacudidas sucesivas consecuencia de ellos, agotáronle las fuerzas y le alteraron las facultades mentales, y había llegado á esa fase crítica en que el espíritu exacerbado lo ve todo bajo un aspecto falso y engañoso que da á los hechos más insignificantes una importancia que están muy lejos de tener.

De ahí provino la idea de rapto motivada por las partículas de polvo observadas en el suelo.

Cuando franqueaba con la rapidez del ciclón los últimos peldaños de la escalera, estuvo á punto de tropezar con un cuerpo opaco que ocupaba casi todo el ancho de aquélla y la naturaleza del cual no pudo distinguir.

El obstáculo parecía dotado de un movimiento singular y subir los escalones sin prisa, contoneándose á derecha é izquierda.

Un encuentro con una masa de semejante naturaleza hubiera sido necesariamente fatal para Felipe, y su velocidad lo hacía casi inevitable; pero tuvo el instinto de aprovechar del irregular balanceo de la muralla viva, y, deslizándose como una flecha entre ella y la barandilla, pudo continuar sin dificultad su impetuosa carrera.

Apenas había pasado Felipe y ya estaba lejos, cuando una voz lamentable y aflautada pareció salir de la masa móvil.

Esa voz pertenecía á la señora Gloria, cuya majestuosa persona — perdónesenos el calificativo si no es lo bastante respetuoso — formaba la barricada tan hábilmente salvada por el joven.

Al ver, desde su despacho, que entraba el sargento en el pasillo de la fonda, Gloria habíale hecho una graciosa seña para llamarle, con objeto de darle el recado del señor Helouin.

Pero, como quedara sin efecto esa invitación tácita, creyóse en el deber de salir al encuentro del guardia francés, ya que éste no venía á ella.

Y con esa intención, salió de lo interior de su butaca, no sin laboriosos esfuerzos, y luego, poniéndose en marcha, acercóse hacia los escalones que Felipe había subido.

Esta evolución le llevó dos ó tres minutos y prodújole tan fuerte resuello, que parecía un leviatán caído en la arena.

No obstante, con un valor digno del mayor encomio, emprendió en seguida la ascensión de la escalera, con ayuda de los barrotes de la barandilla y de una cuerda instalada á lo largo de la pared, que le servían para producir la tracción necesaria á la elevación de su pesada mole.

Y en el momento en que había ya subido cuatro escalones, fué cuando el sargento, pasando junto á ella como una tromba, desaparecía antes que Gloria tuviese tiempo de desplegar los labios.

— ¡Ah! ¡Dios mío! — gimió así que se hubo repuesto de su sorpresa, — ¿y mi encargo?... ¿Qué va á decir el señor Helouin?

¡Vaya un modo de correr!... ¡Me ha revuelto la sangre ese muchacho!...

Pero, ¿por qué se escapa de ese modo?... Sin embargo, tengo que decirle lo que me han encargado...

— ¡Sargento!... ¡Señor sargento!... — gritó, volviéndose para bajar la escalera, operación tan difícil como peligrosa. — Espere; tengo que hablarle... La señorita Marina...

Ya podía continuar hablando... Felipe no estaba allí para oírla...

Gloria se dió bien cuenta al llegar al pasillo.

— ¡Siempre son lo mismo los jóvenes! — exclamó con despecho — En mis tiempos, tenían aun respeto al sexo débil y á... la belleza; ¡pero hoy!...

Dominado todavía por la idea de que Marina había sido raptada por el caballero, y que, en consecuencia, debería de ir á buscarla á casa de éste, tomó el sargento Buena Espada el camino de la embajada de Venecia, sin recordar ya lo que le habían dicho la víspera, esto es, que el embajador no iba allí nunca y sin pensar en lo absurdo que era suponer encontrar allí á su hermanita.

Pero, como ya sabemos, el muchacho estaba totalmente desequilibrado y razonaba á tontas y á locas.

No tardó en llegar al hotel de la calle de Montmartre.

Sin tomarse la molestia de solicitar hablar con el caballero, franqueó la puerta principal y penetró bruscamente en un vasto salón, gritando:

— ¿En dónde esta?... ¿En dónde está el miserable?... ¿Dónde se oculta con ella?...

Ante tan ruidosa irrupción, despertáronse súbitamente unos criados que estaban medio dormidos en unos bancos, y, tomándole por un loco, precipitáronse á su paso, para impedirle que siguiera adelante.

Pero, lo mismo hubiera sido intentar detener una bala en medio de su trayectoria.

Con brusco ademán, apartando á los que se oponían á su paso, atravesó de algunos saltos las distintas salas de juego, vacías á aquella hora; pero cuyas mesas reve-

laban sobradamente su destino; luego, después de subir por una escalera de servicio y empujar dos ó tres puertas, entró como un torbellino en las oficinas donde se hallaba el personal, diciendo á voz en grito:

— ¿Dónde está?... ¿Pero dónde está?

— ¿Y qué ha hecho de ella... el cobarde?

Sus inflamadas miradas cayeron sobre el secretario que le había despachado la víspera.

Corrió á él.

— ¿Dónde está su amo? — le preguntó Felipe agarrándole por el cuello y sacudiéndole como á un ciruelo.

— Pero... — repuso el desdichado, medio sofocado por la violencia del joven — ya le dije ayer que...

— Lléveme inmediatamente hasta donde esté... — intimó el guardia francés; — de lo contrario le castigaré á usted en lugar del otro.

— Una vez más, señor sargento... — murmuraba el secretario, cuyo rostro se coloraba de escarlata — le aseguro... que no sé en dónde está...

— Sí, usted lo sabe; pero no quiere decirlo... porque quiere impedir que ese infame caiga en mis manos... — vociferó Felipe, que acentuó la presión de sus dedos en la garganta del pobre diablo, cuyo rostro empezaba á tornarse violado.

— Le aseguro... le aseguro... — tartamudeó el desgraciado, que comenzaba á asfixiarse.

De repente aparecieron varios criados — los mismos cuya siesta había interrumpido Felipe al entrar en el

garito; — precipitáronse contra el joven, que, al verlos, soltó al secretario y echó mano á la espada.

Los domésticos retrocedieron.

Una vez libre, no se entretuvo el subordinado de Zeno en ver lo que iba á seguir.

Girando rápidamente sobre sus talones, huyó con la rapidez de un gamo perseguido por la jauría.

Esa fuga redobló la furia de Felipe.

— ¡Ah! ¡te escapas! — exclamó — ¡quieres ir á prevenir á tu amo;... pero yo llegaré antè él, contigo!...

Y lanzóse tras el fugitivo, que había recorrido una serie de cuartos anexos al servicio de la embajada, y en los cuales había unos quince escribientes.

Aquello fué una carrera épica.

Si el italiano era ágil, Felipe lo era aún más y se le acercaba á cada paso.

Tras ellos venían los criados, corriendo también; pero cuidando quedarse á prudente distancia del testarudo que de tal modo revolucionaba la embajada.

Los burócratas testigos de tan extraña caza, lanzaban gritos de espanto y escondíanse debajo de sus mesas, pues la cobardía les indicaba ese medio saludable de huir de la espada del sargento.

Finalmente, el primer secretario llegó á la última habitación de la casa, cuarto sin salida y en donde inevitablemente iba á quedar á la disposición de su enemigo.

Comprendiendo el peligro, apenas entró, cerró la puerta, corriendo el cerrojo de que ésta se hallaba provista.

Así tenía motivos para creerse á salvo, pues la puerta era de roble macizo y estaba reforzada con barras de hierro.

Pero se equivocaba

Felipe llegó ante el obstáculo, y, de un fuerte empujón con la espalda, echó la puerta abajo, que saltó en astillas, las cuales, por la violencia del choque, se dispersaron por todas partes.

Tal vez hubiérase desarrollado entonces una escena trágica; puesto que Felipe, en el paroxismo de su furor, y fuera de sí, se preparaba á arrojarse sobre el italiano, á quien, en su locura, creía cómplice del caballero. Pero, de repente, surgió un nuevo personaje que se colocó resueltamente ante él.

Era el señor Helouin.

— ¡Por Dios! ¡sargento Felipe!... ¿Qué va usted á hacer? — exclamó — ¡Tranquilícese, amigo mío!..

— ¡Voy á castigar á estos cobardes, que han raptado á Marina!... — replicó con vehemencia el joven, sin pensar en asombrarse de la presencia del policía aficionado.

— ¡Pero si Marina no está aquí!... ¡Está en casa de la señora de Passepoil, adonde yo acabo de llevarla!

— ¡Cómo!... ¿Que dice usted?... ¿Está Marina en casa de Passepoil?

— Sí, sí; venga usted á verla, pues le espera ella.

Inmediatamente, desapareció la cólera del sargento.

Pero la brusca transición de la exasperación en que se hallaba, al apaciguamiento súbito originado por lo que Helouin le decía, provocó en él una aniquilación

general y sentía confundirse sus ideas, que se hacían difusas, al mismo tiempo que se destruía el pensamiento en el cerebro, cual si todos los resortes de éste se hubieran roto de pronto.

Helouin explicó en pocas palabras el error de su compañero, excusóse ante el primer secretario, que se prometía por lo bajo hacer entablar una reclamación por vía diplomática, y se apresuró á llevarse á Felipe, que se quedó completamente inerte.

Ved aquí lo que llevó tan á tiempo á Helouin á la embajada.

Al salir de casa de Passepoil, había vuelto al *Roussin d'Arcadie*, adonde Felipe debía de haberle precedido de una media hora á lo sumo.

Temía que Gloria no hubiese cumplido convenientemente su misión y, por consiguiente, hubiese inquietado al joven.

Al enterarse de que la fondista no pudo dirigirle una sola palabra y que Felipe se había marchado como un relámpago, tuvo la presciencia de que el pobre muchacho habría creído en un rapto y se habría marchado en seguida á la busca de su hermana y en persecución de su seductor...

Otro que no fuera Helouin, hubiera detenido ahí sus investigaciones, á falta de pista que seguir, porque le era, en efecto, muy difícil saber á dónde dirigir sus pasos, pues Gloria no pudo darle dato alguno, alocada como estaba en su butaca, que gemía á cada una de sus expiraciones de cetáceo en desgracia.

Pero como Helouin tenía memoria prodigiosa, recordó

en seguida, aprovechando las palabras que había oído, el nombre del caballero Zeno, pronunciado por Marina.

Esto fué para él como un rayo de luz.

— ¡Debe de estar en la embajada! — se dijo, tornando á toda prisa la dirección de la calle de Montmartre. — Si es hijo de Lagardère, como afirma Cocardasse y como yo mismo tengo motivos para creer, nada lo detendrá... ¡La buena sangre no miente!...

¡Ea! Apresurémonos, pues se trata de evitar una desgracia.

Ya se ha visto la exactitud de sus suposiciones y lo oportuna que fué su llegada.

V

LOS DOS AUGURIOS

— ¡Ay! ¡Virgen santa! ¡en qué estado nos trae usted á nuestro querido Felipe! — exclamó Maturina al ver al sargento, que acababa de entrar con Helouin. — Es que está enfermo... ¡miradle la cara!

No carecían de fundamento las exclamaciones de la buena mujer.

Congestionado el rostro, ojos y pupilas dilatados, mirada extraviada aunque brillase con singular resplandor, agitados los miembros por un temblor convulsivo, todo, en la persona del sargento, presentaba los síntomas más alarmantes.

— Tiene que meterse en cama inmediatamente — dijo en voz baja el policía á Maturina; — creo que padece una fiebre cerebral.

— ¡Pobrecito! — gimió la buena mujer. — ¿Lo cree usted?...